

LA VALENCIA DE OTROS TIEMPOS

LAS CAMPANAS DE VALENCIA

Hechos históricos y místicas leyendas. ♦ El fundador del Manicomio. ♦ La venganza de Pedro de Aragón. ♦ Mirando a la ciudad. ♦ Dos «eles» sobre el escudo. ♦ Ladrones y demás gentes de mal vivir. ♦ ¡Cuidado con el fuego! ♦ Una torre sin escalera. ♦ Escándalo en la plaza de Santa Catalina. ♦ Panorama desde el Micalet

Por VICENTE VIDAL CORELLA

Desde remotos tiempos las campanas de Valencia han sido pregones de los hechos más notables, tanto religiosos como profanos, de su historia y de su vida. Y, también, místicas leyendas, como, por ejemplo, la campana del Monasterio de Nuestra Señora del Puig, que, según la tradición, movida por invisible fuerza dobló a muerto, anunciando lúgubramente de esta manera el inesperado retorno de fray Gilabert Jofré —el valenciano que fundó en Valencia el primer manicomio del mundo—, que dejó de existir al transponer los umbrales de aquel histórico monasterio.

La historia destaca la célebre campana de la Unión, cuyo metal fundido, al decir de los historiadores, hizo tragar don Pedro IV de Aragón a los rebeldes valencianos. Fue en el año 1341. Gobernaba entonces el Reino de Valencia la infanta doña Constanza por ausencia de don Pedro el Ceremonioso, sucesor de Alfonso II. La gobernadora se atrevió a faltar a muchos de los fueros, y los valencianos se coaligaron, se sublevaron y formaron la segunda guerra de la Unión.

Esta guerra civil costó largos sacrificios a la capital; se derramó en ella mucha sangre inocente, y fue preciso que el rey don Pedro emprendiera un largo sitio para sujetarla. Pero lo consiguió al fin, y en seguida que entró en la ciudad el soberano mandó proceder a la prisión de las personas que se creían las más culpables de las pasadas revueltas, y fue tan activa la tramitación, que a los diez días de la capitulación, a 20 de diciembre de 1348, principiaron las ejecuciones. El cadalso se levantó en la plaza de la Seo.

El día 21, de orden del rey, se había mandado bajar la campana que se colocó por los sublevados en la casa de la ciudad en 18 de noviembre de 1341, al dar principio la revolución, y se llevó a la plaza de la Seo, donde se procedió a su fundición. Mientras hervía el metal fundido, arrastraron al pie del banco de piedra, que entonces había frente a la puerta de la Catedral, y puestos de rodillas y atados los brazos a una argolla, se fue suministrando a cada uno de aquellos desdichados una cucharada del metal ardiendo, con espanto de los espectadores. Dicen que el propio rey presenció el suplicio.

De aquella centuria se cita también una pequeña campana, que todavía sigue colgada al exterior de las torres de Serranos, a la parte que mira a la ciudad. Dice el historiador Vicente Boix que en el memorable sitio que puso a Valencia, en 1363, don Pedro I de Castilla, a pesar de habersele rendido Segorbe, Sagunto y una considerable porción de poblaciones importantes, resolvieron los valencianos defenderse con todas sus fuerzas, confiados en el socorro del rey don Pedro IV de Aragón, que premió esta resolución con las históricas y significativas LL —dos veces leal— coronadas que adornan el escudo de la ciudad.

«En aquel entonces, y para tocar a rebato, convinieron en colocar en esta puerta de Serranos dicha campana, que tomaron de la iglesia de San Antonio Abad, situada en la calle de Murviedro, estramuros.»

Según aparece en el Manual de Actas del Consejo de la Ciudad, fue reclamada poco tiempo después esta campana por los religiosos a quienes pertenecía, pero no fue atendida dicha reclamación, quedando en el mismo lugar que fue aquella colocada.

Cuando este monumental edificio se destió para cárceles, a causa del incendio de las que había en las antiguas casas consistoriales, la citada campana servía al alcalde de las torres de Serranos para avisar al vecindario la hora en que se verificaba la requisa, a fin de que los vecinos estuvieran prevenidos, caso de que los presos intentasen fugarse.

En un curioso manuscrito del siglo dieciocho, de Antonio Suárez, platero valenciano, refiriéndose a las torres de Serranos, dice que atiene una campana colocada en la pared

interior, que toca las oraciones y mientras se hace la ronda dentro de las cárceles.

Durante la guerra de la Independencia, un casco de granada rajó el borde inferior de esta campana.



El Micalet, coronado por la campana que da nombre a la torre

na, que desde entonces permanece muda y solitaria entre las inmensa mole de piedra de las famosas torres de Serranos.

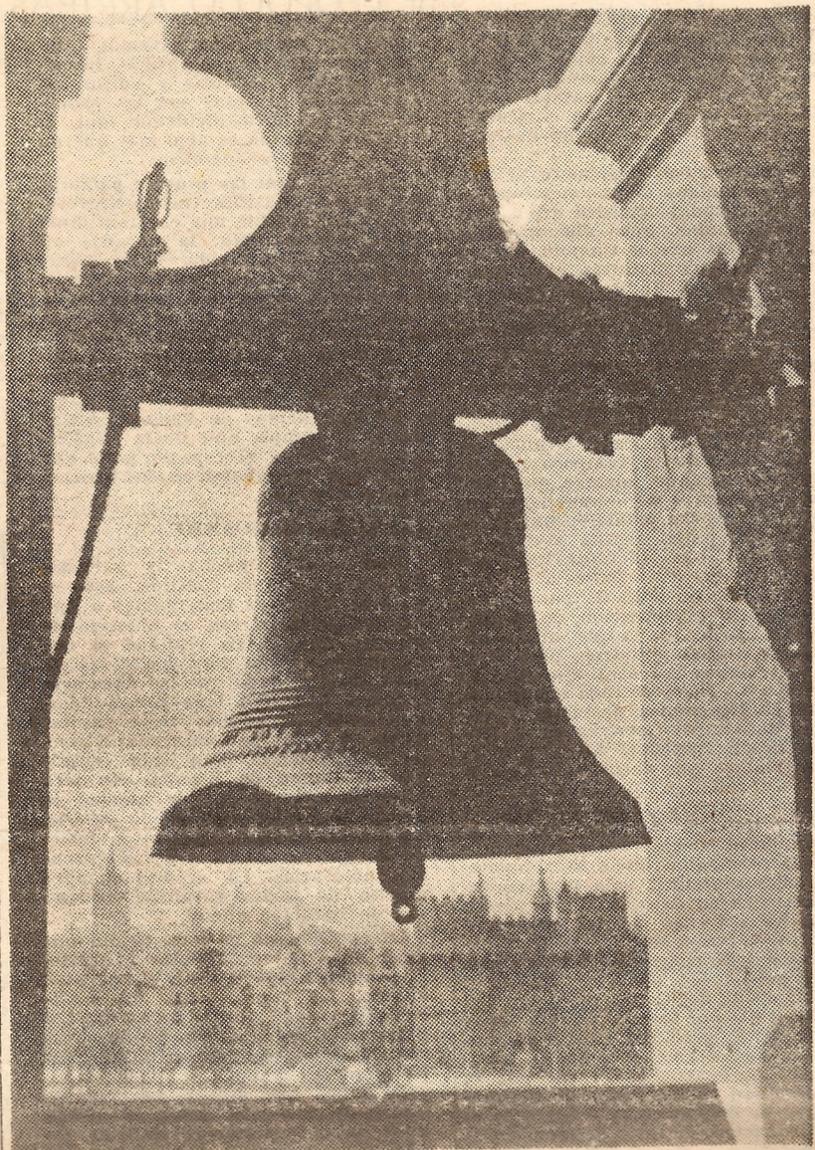
Otra utilidad de la campana en la Valencia foral fue la que se denominó «del foc», y que se hacía sonar en la torre de la iglesia mayor para advertir a los vecinos que era llegada la hora de que éstos reconocieran escrupulosamente sus casas y apagar el fuego en los hogares respectivos, para evitar el riesgo de ser sorprendidos por ladrones o gentes de mal vivir o posibles accidentes de incendio.

La institución del toque diario de campana que originó esta añeja cos-

tumbre de registrar las casas como acertada medida de alta prudencia, fue instituida por el obispo don Hugo de Lupia, según se desprende de cierto documento sin fechar, expedido en 1414, probablemente, en el que se aconsejaba que al sonar «la campana del foc» se registrarán las casas para reconocer la cocina por el fuego o la casa «per males gentes», con el fin de que toda persona pudiera luego dormir tranquila. Y para que hubiera mayor inclinación a obedecer a esta razón, y los que así lo hicieran tuvieran algún premio, el señor obispo concedía a cada uno. «axi hom com fembras», cuarenta días de perdón a sus culpas, con el fin de que cada cual fuera diligente en cumplir lo ordenado. Este toque subsistió en Valencia durante muchos años. Posteriormente las campanas parroquiales de Valencia —cada una de estas parroquias tenía asignado un número de campanas— dieron la señal de alarma en casos de incendio, siguiendo la costumbre de la «campana del foc».

Pero el caso más curioso que se recuerda sobre las campanas de Valencia se refiere a las de la iglesia de Santa Catalina. En el año 1705 había sido concluida la hermosa torre, pero los parroquianos de esta iglesia no estaban satisfechos por la razón de que sólo había dos campanas en el campanario viejo y era poca cosa para obra tan magnífica, y además, porque habiéndose concertado la obra del nuevo campanario, el suspicaz arquitecto advirtió que nada se decía en los capítulos en punto a la escalera y ejecutó la torre sin ella, subiedo cuando era necesario por medio de unos maderos. Todo ello fue causa para que, discordados los ánimos, se llevara el asunto a los Tribunales; al fin pagó la parroquia su inadvertencia y costó una escalera, que se hizo en parte, fuera de la torre.

El ambiente creado por todo ello decidió a completar la obra, por lo que en primero de enero de 1729, en junta general, deliberó la parroquia se fabricasen seis campanas para la nueva torre, y buscando mayor economía se decidió aceptar la oferta del comerciante Pedro Verges —la cual mejoraba la de los campaneros valencianos— que ne-



Desde el campanario de la iglesia de Santa Mónica se contempla el panorama urbano de la ciudad

gociaba la del fundidor de Londres Ricardo Phelps, y vista la conveniencia se acordó la inmediata compra por 4.654 libras de las seis campanas, que el cisma de Inglaterra había dejado sin uso.

El día 2 de octubre de 1729 llegó al Grao el navío inglés que traía las seis campanas, y al día siguiente, por la tarde se dispuso su traslado a la ciudad del modo siguiente, según un dietario de la época:

«Pusieron las dichas campanas en cinco galeras adornadas con murta, y en cada una tendido un estandarte de embarcación que tremolaba al aire; la galera más fuerte llevaba la campana grande, y la

tiraban ocho mulas adornadas con cintas de seda y gallardetes en las cabezas, precedidas de un clarín y dos timbales.» Pusieronlas de modo que pudieran hacer repiques, y se presentó a verlas el maestro de capilla de la Catedral, con otros músicos, los cuales, después de reconocerlas, las dieron por buenas.

El suceso conmovió a toda Valencia, que acudió a ver las seis campanas fabricadas en Inglaterra, y la curiosidad fue tan grande que llegó en algunos casos a la exaltación de los ánimos, contribuyendo mucho los fundidores de campanas de Valencia, que enojados por haber sido preteridos por un extranjero —visto el éxito de la fundición, la economía del coste y las facilidades dadas, como el asegurarse durante un año y medio y correr de cuenta y riesgo del fundidor las contingencias del viaje hasta el Grao—, temían por su industria. Dio más fuerza a este temor el caso ocurrido con los frailes de la Merced, los cuales habían mandado fundir una campana para su convento, y resultó tan mala, que fue rechazada por la comunidad.

El 21 de noviembre empezaron las solemnes fiestas con la iluminación del campanario, congregándose tal número de gente para oír el primer vuelo que, según un cronista, se oían sus rumores desde el convento de Santo Domingo, y a tal extremo llegó el entusiasmo, que «hasta con las armas defendían la superioridad de dichas campanas sobre las de San Juan y San Martín, y hubo de ser preciso interviniese la justicia para apaciguar los ánimos». El criterio fue tan enorme, que «quanto más clamoreaban las campanas, tanto más los circunstancias levantaban la gritería; que a no ser las voces de aquellas de metal sonoro, las ahogaran las voces de la plaza».

Pero todas las campanas de la ciudad de Valencia fueron siempre las más apreciadas y populares las de la Catedral, con su historia y su anécdota: María, Jalme, Manuel, Andrés, Vicente, Narciso, Pablo, Bárbara, Catalina, Violante y Ursula, en el amplio departamento, desde donde antaño los reyes de Valencia escucharon complacidos el jubiloso vuelo de todas ellas. Y arriba, en lo alto de la espléndida terraza —donde se contempla el luminoso panorama de la ciudad, la huerta y el mar—, Miguel, la campana de las campanas, grandiosa y sonora, que da el cariñoso nombre de Micalet a la magnífica torre, alegría y símbolo de Valencia.

LA MISMA LECHE DE VACA

criada en la Naturaleza...



DIRECTAMENTE

...para la salud y el vigor de toda la familia

LECHE Y BATIDOS

